

REVISIÓN DE LIBROS Y
NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS



Diagnóstico y retos de la universidad pública
Reseña breve del libro “La Universidad del siglo XXI”
de Boaventura de Sousa Santos

*Jorge Ossa Londoño**

Grupo CHES, Facultad de Educación - Universidad de Antioquia

*“Todas las distinciones en las que se apoya
el conocimiento universitario son cuestionadas
por el conocimiento pluriuniversitario y en el fondo
es la misma relación entre ciencia y sociedad
la que esta cuestionada”
(B. de Sousa S. La Universidad del Siglo XXI, Pág. 45)*

Introducción

Lo que haré es asirme de la mano de Boaventura de Sousa Santos, portugués, doctor en Derecho de la Universidad de Yale, profesor y director del Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Coimbra y también profesor visitante de la Universidad de Wisconsin. Compartiré la lectura de su último libro titulado “La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad” (Univ. Autónoma de México, Colección Educación Superior. 100 págs. México, 2005).

El diagnóstico

Este autor había escrito un texto titulado: ‘De la idea de la universidad a la universidad de las ideas’, en el libro titulado “De la mano de Alicia: lo social y lo político en la post-modernidad”, publicado en Bogotá por Siglo del hombre –Ediciones y Uniandes, en 1998). En ese texto el autor definió las tres crisis fundamentales de la universidad del momento:

La crisis de hegemonía: (o pérdida de la exclusividad), referida al hecho de que la universidad ya no es la única garante de los patrones de la alta cultura, y cada vez se le exige más responsabilidad en la cultura media, instrumental, profesional, útil...para la gran producción capitalista. Ya la universidad no es la única productora de conocimiento

* Médico Veterinario, Master of science y Ph.D en microbiología. Profesor jubilado de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. E-mail: jeossa@catios.udea.edu.co

La crisis de legitimidad: debida a la pérdida de la hegemonía y a la incapacidad para satisfacer las expectativas de las clases populares. Se perdió el apoyo social, agravado por la ausencia de equidad. (Recordemos que la universidad siempre ha sido elitista y que nosotros los egresados universitarios somos una élite que por tanto tiene grandes responsabilidades sociales).

La crisis institucional: producto de la tensión entre la autonomía y la presión por someter la institución a los desiglos de los estados y los gobiernos.

También decía el autor que la universidad, ante estas crisis, lo único que hizo fue tratar de que no se profundizaran (en lo que él nombra como un afán inmediateista) pero hizo muy poco esfuerzo por resolverlas. De Sousa Santos pronosticó en esa ocasión que la crisis institucional (interna) ocultaría las otras dos, y que la fiebre reformista se centraría en el administrativismo para dar la sensación ingenua de que así se superarían las otras crisis, en esencia más fundamentales.

Explicemos un poco más la crisis institucional. La universidad en los últimos dos siglos funcionó como un bien público y el Estado aseguraba su financiamiento. Esto es, siempre la autonomía universitaria estaba supeditada a la dependencia financiera (como es el caso todavía de la justicia y como ya no lo es de la salud). Después del consenso de Washington, la Universidad y en general la educación, siguen siendo un bien público, pero ya el Estado no tiene que asegurar su financiación. De la misma manera muchas legendarias universidades privadas que funcionaban sin ánimo de lucro, se vieron forzadas a competir como un ente privado. De esta manera la educación se convierte en un bien mercadeable para la explotación comercial, tanto nacional como internacional. Todo esto agravado a partir de la década del 80 y particularmente desde 1989 cuando, con la caída del Muro, se hegemonizó totalmente el capitalismo neoliberal.

¡Ahora es necesario conservar la autonomía!, pero bajo la dependencia financiera de otros entes diferentes al Estado y muy particularmente la empresa y las grandes corporaciones. Para acelerar el proceso, los gobiernos tratan persistentemente de ahogar financieramente a la universidad, como lo hace con los reductos que quedan de la medicina pública.

La transnacionalización de la universidad, que antes respondía a dinámicas de ayuda y solidaridad entre los países con objetivos más dirigidos a la globalización del conocimiento, hoy se ha acelerado, muy especialmente a partir de 1995, pero con ánimo principalmente mercantil. Así, dice nuestro autor, la reducción del presupuesto estatal y la transnacionalización, son dos caras de la misma moneda.

El tratamiento

Entonces ¿qué hacer?: ¿nos dedicamos a recuperar la hegemonía...o la legitimidad...o a resolver el problema institucional? Aquí viene pues el reto para los universitarios y muy especialmente para el liderazgo académico: de estudiantes, profesores, administradores y muy especialmente para los rectores.

El objetivo, dice de Sousa, es construir una universidad creativa, democrática y emancipadora. Para el efecto debemos reconocer que el estado actual de la universidad es el producto de muchas y no tan nuevas causas, pero que el asunto se ha reconfigurado con la globalización neoliberal. Por tanto, es necesaria una reforma que refleje un proyecto de nación que sea producto de un gran consenso y allí se debe agregar la democratización de la universidad para que algún día incluya a las clases sociales tradicionalmente excluidas.

Tal reforma no puede ser posible sin una articulación global, pero no necesariamente con la dominación neoliberal (rampante o salvaje...o sálvese quien pueda) sino con espacios para la solidaridad, la reciprocidad y el beneficio mutuo. Es necesario recuperar el papel protagónico de la universidad en la definición y en la solución de los problemas sociales; esto es, demostrar que la universidad pública tiene un papel en la construcción del proyecto de nación en un mundo global.

Aquí se inscribe un gran obstáculo para la universidad, porque ésta era fundamental para el proyecto de nación... la globalización neoliberal trata -y maltrata- insistentemente por la difuminación o desaparición del estado nación, este es precisamente su enemigo. No se trata pues de ignorar la globalización sino de presentar alternativas contrahegemónicas. Un reto, en ese sentido, es pensar el proyecto de nación, no a la vieja usanza aislacionista, sino integrado a una sociedad global

Para que la universidad se reforme es necesario superar dos creencias que se han interpuesto: La primera es que “Sólo los universitarios pueden reformar la universidad” y la segunda, “Que la universidad nunca será capaz de autorreformarse”. Es claro que simplemente mantener un *statu quo* sin ofrecer alternativas, no es suficiente; o mejor dicho sí es suficiente, pero para sucumbir ante los embates del sistema.

¿Quiénes serán pues los transformadores de la universidad, para asegurar una salida airosa? Dice el autor: serán los que tengan la capacidad para ver y actuar contra la globalización neoliberal, y en contra de la pasividad conservadora de la misma institución; además esos transformadores tendrán que estar convencidos de que la neoliberal no es la única globalización posible. Es decir que no es ineluctable, o sea que se la puede superar. (Algo similar han dicho economistas de la talla de Joseph Stiglitz, quien pronostica que la globalización neoliberal no podrá sostenerse).

Pero también necesitamos aliados en el gobierno que crean en las posibilidades de una globalización alternativa de la universidad. Definitivamente quienes no estén en esta categoría no son amigos de la universidad pública, aunque insistan en hacer creer lo contrario.

Un tercer aliado que es necesario conquistar es la sociedad civil, bien en forma individual u organizada en gremios, grupos, organizaciones en general y también el capital nacional que ahora más que nunca necesita a la universidad justamente para no sucumbir ante la oleada globalizante.

En este sentido el autor propone la “investigación-acción y la ecología de saberes”, la primera referida a la definición y ejecución participativa de proyectos, y la segunda como un tipo de extensión pero a la inversa: es la oportunidad de que la universidad aprenda de los saberes populares; los mismos que la institución ha menospreciado a lo largo de su historia, de paso marginalizando a ciertos grupos sociales. Un ejemplo de esta estrategia son los “talleres de ciencia” donde los grupos de interés de la comunidad se acercan a la universidad y hacen propuestas de trabajo académico conjunto alrededor de proyectos de verdadero interés para el grupo, y se presenta el caso de Dinamarca donde estos talleres son incluidos en el currículo de estudiantes de pregrado y en trabajos de estudiantes de posgrado.

El conocimiento pluriuniversitario: Para mí fue particularmente interesante encontrar esta frase –que tanto se parece al nombre de nuestra revista Uni-pluri/versidad- y que parece ser original, si bien no es ésta la primera vez que la usa Boaventura de Sousa. Aquí, lo que el autor propone es una división para el tipo de conocimiento universitario o científico que fue el hegemónico en la universidad del siglo XX, y el nuevo conocimiento que requiere la sociedad y que tiene las siguientes características: es contextual, dado que su principio organizador es la aplicación que

se le puede dar; y, por tanto, la iniciativa sobre los problemas que se quieren resolver tiene que ser el producto de un consenso entre investigadores y usuarios. “Es un conocimiento transdisciplinar que por su propia contextualización obliga a un diálogo o confrontación con otros tipos de saberes, lo que lo convierte internamente en más heterogéneo y ser producido en sistemas abiertos menos perennes y de organización menos rígida y jerárquica...La sociedad deja de ser un objeto de las interpelaciones de la ciencia, para ser ella misma sujeto de interpelaciones a la ciencia.” (Pág. 45)

En resumen, el reto es democratizar la universidad como bien público. Democratizar la formación superior, democratizar la investigación, democratizar la extensión. Esta última, según el autor, es la gran llamada a interactuar directamente con la sociedad en la creación de oportunidades locales para participar con sentido en el mundo global.

Yo quisiera agregar, de la mano de otros autores, algo que en principio podría ser un resumen de todo lo anterior: La misión que la universidad ha olvidado desde hace mucho tiempo es la del pensamiento crítico, la de la capacidad autónoma para pensar la sociedad y su camino...como decíamos en otras épocas: ser conciencia crítica de la sociedad. En otras palabras, la universidad debe recuperar su centralidad en la intelectualidad; esto es en su capacidad activa y permanente de hacer propuestas sociales a través de la docencia, de la investigación y de la extensión y no simplemente hacer el trabajo burocrático de “dictar clases”, de realizar unos pocos proyectos de investigación y extensión y de graduar a unos pocos de sus estudiantes (sabemos que muchos nunca terminan el ciclo, aun sin que la misma universidad se percate), sin verdadera formación, sin conciencia de ciudadanía local ni planetaria, en fin, sin autocontrol (sin capacidad para repensar sus propios pensamientos, de hacerle preguntas a la pregunta, sin capacidad de seguir aprendiendo a aprender lo largo de la vida).

Pero Boaventura de Sousa tiene su propio resumen conclusión: “La universidad en el siglo XXI será seguramente menos hegemónica, pero no menos necesaria de lo que fue en siglos anteriores. Su especificidad en cuanto bien público reside en ser la institución que liga el presente con el mediano y largo plazo por los conocimientos y por la formación que produce y por el espacio público privilegiado para la discusión abierta y crítica que constituye. Por estas dos razones es un bien público sin aliados fuertes. A muchos no les interesa el largo plazo y otros tienen poder suficiente para poner bajo sospecha a quien se atreva sospechar de ellos criticando sus intereses.” (Pág. 93)

